

## Familias que aman, bebés que participan \*

Hernán Restrepo-Mesa\*\*  
Isabel Cristina Quiroz Ospina\*\*\*  
Gustavo Adolfo Ramírez García\*\*\*\*  
Yanneth Mendoza Calle\*\*\*\*\*

### Introducción

*“El recién nacido es la expresión de la más radical novedad. De hecho, todo nacimiento es un acontecimiento, una novedad que acontece e interrumpe, que trastorna, por así decir, la tranquilidad de un mundo más o menos construido. Y como tal acontecimiento, se constituye en una experiencia que obliga a pensar, que da qué pensar, y exige capacidad de comprensión.”*  
(Barcena & Mélich, s.f., p. 84)

Postergar la participación de la niñez, so pretexto de la aparición de ciertas facultades o del cumplimiento de una determinada edad, puede significar la pérdida de uno de los momentos más oportunos para promover las capacidades y el potencial político del ser humano. La reflexión en torno a la dimensión política en la primera infancia, y particularmente en el primer año de vida, es todavía insuficiente y en algunos casos cuestionada, pese a las evidencias que aportan diferentes disciplinas en torno a la trascendencia de esta etapa para la estructuración de las bases neurofisiológicas, psicológicas y socioculturales del desarrollo humano, y a la existencia de una legislación internacional y nacional que reconoce el derecho a la participación sin condición de edad<sup>1</sup>.

Entender el sentido y alcance de este derecho desde el momento inaugural de la vida, supone ubicar la participación en sus formas alternativas o no institucionalizadas, es decir,

---

\* Este artículo es una síntesis de la investigación denominada *Familias que aman, bebés que participan. Concepciones y prácticas sobre la participación de los niños y niñas durante el primer año de vida*, realizada entre septiembre de 2007 y junio de 2009, en el marco de la Maestría en Educación y Desarrollo Humano (CINDE-Universidad de Manizales), con el apoyo del Fondo de Becas Glen Nimnicht

\*\* Licenciado en Etnoeducación. Aspirante a Magister en Educación y Desarrollo Humano (CINDE-Universidad de Manizales). Coordinador Fondo de Becas Glen Nimnicht (CINDE – Fondo para la Acción Ambiental y la Niñez). hrestrepo@cinde.org.co

\*\*\* Trabajadora Social (Universidad de Antioquia). Aspirante a Magister en Educación y Desarrollo Humano (CINDE-Universidad de Manizales). Investigadora CINDE. iquiroz@cinde.org.co

\*\*\*\* Filósofo (Universidad Pontificia Bolivariana), Licenciado en Filosofía (Universidad Santo Tomás de Aquino), Psicólogo (Universidad de Antioquia), Especialista en Desarrollo del Pensamiento y del Juicio Crítico (Corporación Universitaria Lasallista). Aspirante a Magíster en Educación y Desarrollo Humano (CINDE-Universidad de Manizales). Asistente de Rectoría del Colegio San Ignacio. investigacion@sanignacio.edu.co

\*\*\*\*\* Profesional en Desarrollo Familiar. Aspirante a Magister en Educación y Desarrollo Humano. Asesora pedagógica programa Buen Comienzo, había una vez... Alcaldía de Medellín. mendozac76@yahoo.es

<sup>1</sup> El Comité de los Derechos del Niño (2007) confirma que “el artículo 12 [de la Convención de los Derechos del Niño, referido a la participación,] se aplica tanto a los niños pequeños como a los niños de más edad.” (p. 46)

ligada a espacios cotidianos e informales, como la familia, los cuales constituyen también ámbitos de lo político. De ahí que la pregunta por las concepciones y prácticas que poseen las familias frente a la participación de los bebés, sea definitiva para su comprensión y realización.

Indagar por la participación de los y las bebés<sup>2</sup> es además una apuesta por la acogida, el reconocimiento y la inclusión social y política de quienes recién llegan al mundo e irrumpen esta realidad con su novedad, que se abre como un nuevo texto a ser leído, escuchado y no sólo escriturado. Se trata de una opción por el respeto a la dignidad de cada bebé como ser único, por su vinculación íntegra a la familia y a la comunidad, por la construcción de sociedades verdaderamente democráticas, incluyentes y equitativas desde la potente actividad política que sucede en el cuidado, en el intercambio de sonidos, voces, miradas, gestos, palabras, sonrisas y caricias; en el amor con el que cada ser humano es recibido y abrazado, reconocido y presentado como Otro y esperanza para todos, especialmente para sí mismos.

## **1. Fundamentos del derecho a la participación desde el nacimiento**

Las representaciones sociales sobre la niñez (especialmente la niñez temprana) y su desarrollo, se hallan en lugares que suelen entrar en tensión con los aspectos constitutivos del concepto tradicional de participación. En la búsqueda por tejer un puente comprensivo entre estas dos realidades, se acude a diversas construcciones teóricas que permiten acercarlas, y a la vez, entrar en un diálogo constante con las concepciones y prácticas familiares en torno al tema, desde una perspectiva hermenéutica, reconociendo como lo plantea Hernández (2002, p. 93) que “La hermenéutica en las ciencias humanas no es sólo interpretación, es diálogo, es vía de acceso, es aproximación a algo que no puede ser plenamente encerrado en el concepto, “algo” que en palabras de Ricoeur (1986) constituye la acción humana”.

De acuerdo con lo dicho, en esta investigación la teoría es usada como “punto de vista”, cuya significación entra en el proceso de interpretación del que también hacen parte las voces de las familias, para configurar un sentido particular sobre la participación temprana de los niños y las niñas. De esta forma, se hilvanan constructos teóricos como: sujeto de derechos, ciudadanía, participación, reconocimiento, comunicación y socialización primaria, con enfoques que permiten resignificar el concepto de participación incluyendo al ser humano desde su nacimiento.

### **1.1. Los niños y las niñas: ciudadanos, sujetos de derechos**

El reconocimiento de los niños y las niñas como sujetos de derechos, significa desde un marco normativo, una nueva comprensión de la niñez; no sólo como una etapa evolutiva, sino ante todo, como una manera particular de ser persona, que se vive y se expresa en un contexto específico, de acuerdo con características y capacidades presentes y en constante desarrollo.

---

<sup>2</sup> Se denomina bebé en este artículo a todo niño o niña menor de un año.

García-Méndez (1998) afirma que “en la era de los derechos humanos toda persona, por el mero hecho de serlo, resulta automáticamente sujeto de derechos” (p. 71). Desde esta concepción del niño y la niña, se cuestionan aquellas legislaciones, intervenciones, imaginarios sociales y relaciones basadas en la incapacidad, la invalidez, la minoría de edad y la situación irregular, por las cuales se ha recurrido históricamente al proteccionismo, la representación y el control.

Surge así una nueva perspectiva en la cual las necesidades se transforman en derechos, la discrecionalidad en promoción del desarrollo de las facultades humanas y la minoridad en ciudadanía, entendida esta última, como el reconocimiento pleno de los derechos, incluidos los políticos, y por lo tanto, del papel fundamental que tienen los niños y las niñas en la construcción de una sociedad democrática, pues como lo expresa Baratta (s.f.): “la ciudadanía del niño, su participación activa en la democracia social y en la democracia política es diferente, pero no menor que la de los adultos”. (p. 225)

El reconocimiento de la ciudadanía conlleva, para los niños y las niñas, un nuevo lugar y rol en las relaciones familiares, sociales y con el Estado; que se sustenta ahora en su reconocimiento como sujetos activos en su proceso de socialización-individuación, “productores dinámicos de construcciones morales, y no simples receptores pasivos de la modelación moral del adulto” (Alvarado & Ospina, 1998, p. 155). Lo anterior, reconfigura además, las responsabilidades y alcances de la familia, la escuela, la comunidad y el Estado en sus roles socializadores; ya no entendidos desde la potestad o limitados a la protección, sino orientados a partir de una participación activa de los niños y niñas como sujetos éticos, sociales y políticos.

## **1.2. Reconocimiento y amor, fundamentos de la participación**

Roger Hart (1993), define la participación como “los procesos de compartir las decisiones que afectan la vida propia y la vida de la comunidad en la cual se vive” (p. 5). Se trata de un derecho que propende por una interacción entre niños, niñas y adultos basada en el mutuo respeto y reconocimiento, en la valoración de lo que cada quien desde su experiencia y capacidad puede aportar en la construcción conjunta de alternativas de desarrollo humano y social.

Ante los temores que genera la participación infantil, es de aclarar que en ningún caso se trata de negar el derecho y la responsabilidad de los padres, madres y cuidadores de tomar las decisiones que aseguren la protección y el desarrollo integral de cada niño o niña, y hacerlo desde una actitud de diálogo y escucha que le permita “asumir gradualmente mayores responsabilidades para ir tomando decisiones a medida que evolucionan sus competencias”. (Lansdown, 2005, p. 9)

Dado que la comprensión adulta de la participación ha estado supeditada a la capacidad de expresión verbal y en el primer año de vida esta habilidad apenas comienza a emerger, las niñas y los niños más pequeños han resultado marginados de cualquier posibilidad para ejercer su derecho a participar. De lo que se trata entonces, es de trasladar a los adultos la responsabilidad de observar, comprender y responder a los múltiples lenguajes con los que el bebé interactúa e influye en su propia vida y en la de otros; en este sentido y siguiendo a Lansdown (2005) es claro que:

“Los niños comienzan a desarrollar las habilidades y competencias necesarias para participar desde que nacen. Sin embargo, la receptividad y el respeto demostrados por los adultos que se ocupan de su cuidado, pueden incrementar y apoyar el desarrollo de dichas facultades y características personales”. (p. 2)

La participación conlleva además, por parte del adulto, una actitud de reconocimiento del bebé o la bebé como un otro u otra que ingresa a la existencia y a la vida familiar y social. Incluso antes que la presencia física, la presencia simbólica del sujeto en esos otros es la que le otorga un lugar para participar y la que define la manera como lo hará.

Nacer es antes que nada, nacer de alguien y ser recibido en los brazos de alguien. Y es ese alguien quien empieza a responder la pregunta: *¿Quién eres tú?* (Arendt, 1993. Citada en Bárcena & Mélich, s.f.) Y aunque el dato meramente biológico o genético afirme que se trata de un radicalmente Otro, único e irrepetible, sólo la respuesta que logre configurar aquel de quien se nace, otorgará o no el reconocimiento como un Otro que merece ser tenido en cuenta y que tendrá el derecho de influir en el rumbo de la existencia.

Ese reconocimiento del recién nacido como sujeto puede denominarse también: amor. Como expresan Pizarro & Palma (1997) “La emoción fundadora del modo de vida propiamente humano es la emoción del amor, esto es, aquella emoción que constituye un dominio de la vida en el cual nuestras acciones recurrentes con otros transforman a éste en un *legítimo otro*.” (p. 23) Se puede afirmar por tanto, que el amor con el que es recibido el niño o la niña, también es fundamento y oportunidad para su participación.

El ser bienvenido y amado creará las condiciones para participar como *parte y partícipe* y favorecerá a su vez el desarrollo de la más esencial capacidad humana para interactuar: el lenguaje. “El lenguaje, que estaría en el origen de lo humano y que consiste precisamente en la coordinación de conductas consensuales, surge de esta emoción [el amor] y no de la agresión que restringe la convivencia social.” (Pizarro & Palma, et al.)

### **La comunicación con el bebé o la bebé: los primeros pasos en su participación**

El amor primario y fundamental que le brinda al bebé o la bebé la seguridad, la protección y el vínculo básico, posibilita una relación donde tanto “la madre como el niño, aprenden a responder emocionalmente a los comportamientos gratificantes que provienen del otro” (Quintero, 2007, p. 6).

En esta interacción vinculante entre el niño o la niña y el adulto significativo, comienza una comunicación que está más allá del lenguaje verbal. Las manifestaciones físicas, cognitivas y socio-afectivas durante el primer año de vida, son una expresión comunicativa para el adulto, quien progresivamente, y a partir de su mayor o menor vinculación afectiva con el niño o la niña, logrará identificar y responder adecuadamente o no a sus necesidades, cambios, expectativas, gustos y potencialidades. En este sentido, cabe retomar el planteamiento de Brazelton (1994) cuando afirma que: “Alimentar al bebé es tan solo la mitad de la tarea. Aprender a comunicarse con él (tocarlo, hablarle, mecerlo y aprender a actuar en coordinación con su comportamiento) es tan importante como alimentarlo” (p. 66).

A pesar de lo anterior, el proceso comunicativo no se reduce sólo a la interpretación del adulto, sino que está enriquecido también por los mensajes que paulatinamente va desplegando el bebé o la bebé para hacerse reconocer y mostrar su comprensión.

Este tipo de comunicación favorece lo que Rosenberg (s.f.), denomina una *conexión empática*, caracterizada por un entendimiento respetuoso y el interés manifiesto hacia lo que el niño o la niña expresan, sienten y necesitan. Dicha *conexión empática*, tiene un importante potencial para la participación del bebé y la promoción de su desarrollo, como lo manifiestan Papalia & Wendkos (1994):

Mediante la expresión de sus sentimientos, los bebés ganan una cantidad de control creciente sobre su mundo. Cuando desean o necesitan algo, lloran; cuando se sienten sociables, sonrían o ríen a carcajadas. Cuando estos mensajes tempranos obtienen una respuesta, se fortalece el sentido de conexión de los bebés con otras personas. Su sentido de poder personal se amplía a medida que ven que sus gritos traen ayuda y comodidad, y que sus sonrisas y carcajadas, producen sonrisas y carcajadas como respuesta. (p. 154)

Esta perspectiva se opone a la visión comúnmente instaurada, del bebé o la bebé como alguien que no comunica, que sólo capta, escucha, reacciona y aprende pasivamente de los adultos. Existen cada vez más evidencias de su capacidad comunicativa en el contexto de las múltiples funciones neurológicas y psicomotoras que caracterizan esta etapa de la vida, y es a través de éstas, que el niño o la niña se integra activamente a la vida con otros.

Durante los primeros meses, los niños y las niñas van desarrollando la comunicación (gestos deícticos, vocalizaciones, entre otros) que es enriquecida y dinamizada por la interacción social. Son los padres y demás cuidadores del bebé o la bebé, quienes le aportan la riqueza semántica y simbólica del lenguaje y el modelo fonético y fonológico, en la medida en que se expresan y le hablan cotidianamente, lo cual contribuye además, al despliegue de las habilidades necesarias para el proceso de socialización.

Puede afirmarse en síntesis que, mucho antes de que ocurra el habla, el bebé o la bebé demuestra una compleja y activa capacidad comunicativa, que como plantea Calderón (s.f.) cuenta con **intencionalidad**, por la conciencia de lo que se quiere transmitir; **es intersubjetiva**, por su capacidad de transmitir y compartir un estado mental; y **es recíproca**, dado el protodiálogo donde se intercambia el dar y recibir. (Condiciones del desarrollo del Lenguaje. 2).

En este sentido, vinculación afectiva, interacción comunicativa entre el bebé o la bebé y los integrantes de la familia, y habilidad de éstos para responder a las necesidades y expresiones del niño o la niña, configuran el escenario básico para su participación, inicialmente en la familia como nicho que lo acoge en su llegada al mundo, y posteriormente en otros ámbitos tanto privados como públicos, en los cuales se pondrán en juego las construcciones primeras que le posibilitaron ser y sentirse reconocido e

incluido; así como reconocer e incluir a otros en el proceso de creación y recreación intersubjetiva de la vida cotidiana, lugar privilegiado de la participación.

### **La familia: cuna de la participación**

El ambiente que proporciona el grupo familiar, es para Bronfenbrenner (1987), el centro de atención y de la actividad de desarrollo del bebé o la bebé. Su enorme potencia socializadora permite comprender por qué es un espacio privilegiado para orientar la construcción de ciudadanía, desde las edades más tempranas. Allí, en la interacción cotidiana, se da el principal aprendizaje de las capacidades que cada sujeto tendrá para relacionarse consigo mismo y con otros; que de estar caracterizado por el afecto y por formas democráticas de interacción y participación, logrará seguramente, el desarrollo de conceptos y habilidades más favorables a la vivencia de los derechos, desde una perspectiva ética.

Cabe anotar, que toda socialización es interactiva, y en mayor o menor medida, “los individuos no asumen pasivamente las exigencias sociales sino que participan activamente en el proceso, aportando efectivamente no sólo a su propia socialización, sino también a la reconstrucción del sistema social donde viven y actúan” (Aguirre, s.f, p. 2). Sin embargo, una orientación participativa en el proceso de socialización, basada en el reconocimiento, estimula un rol más activo de los sujetos y propicia un ambiente de libertad y comunicación, que contribuye a su capacidad para explorar y transformar el mundo con la cooperación y orientación de los mayores.

De otro lado, la posibilidad de una socialización participativa no depende exclusivamente de las formas de relación en la familia, pues los contextos sociales y culturales en los que está inmersa le posibilitan o dificultan su capacidad para responder a las necesidades, expectativas y potencialidades de los niños y las niñas. Por lo tanto, un ambiente familiar caracterizado por la vulnerabilidad económica y social, comprometen además de la supervivencia y el desarrollo de estos y estas, sus posibilidades de participación.

Las condiciones de marginación o invisibilización por razones étnicas, religiosas, culturales, políticas o socioeconómicas a las que son sometidas algunas familias, constituyen un factor que ahonda la vulnerabilidad de los niños y las niñas y que dificulta su participación, dada la ruptura de las redes sociales y el aislamiento que genera en sus familias, impidiéndoles el acceso a recursos, servicios y oportunidades que les permitan romper el círculo de exclusión y empobrecimiento.

## **2. La hermenéutica y la etnografía, lugares para comprender la participación**

La hermenéutica fue asumida como perspectiva epistemológica y como enfoque metodológico, dado que se trataba de comprender los significados que cobra la participación de los niños y niñas en el primer año de vida para los padres, madres y otros integrantes del grupo familiar. Lo anterior, implicó crear espacios de conversación empática y construcción permanente de textos, a partir de los aspectos de indagación del estudio y de las voces de los participantes.

El observar y conversar con los integrantes de las familias sobre su interacción con el bebé o la bebé, abrió la puerta a un mundo interior personal y grupal, expresado en los sentimientos, comportamientos y pensamientos, que quedó expuesto para ser interpretado y comprendido en su significación. En tal sentido, uno de los principales desafíos fue asumir la labor de “traductores” al modo en que lo plantea Gadamer (1984): “(...) sin falsear el sentido al que se refería el otro” (Citado en: Hernández. & López, 2002, p. 462); esto es, el compromiso de construir un diálogo que recupere y reconozca las voces y vivencias de las familias y las resignifique en nuevos mundos lingüísticos, cuidando de no desdibujar el significado ontológico de lo expresado en sus relatos.

De otro lado, la etnografía, en tanto “permite la descripción (gráf) del estilo de vida de un grupo de personas, habituadas a vivir juntas (ethnos)”, posibilitó el acercamiento a la familia como un grupo humano con funciones, dinámicas e interacciones que le son propias, de acuerdo con su tipología, relaciones y modos de vida particulares, determinados en este caso, por las condiciones de vulnerabilidad social y económica de las familias participantes.

### **Diseño de la investigación**

El estudio se desarrolló con seis familias, definidas a partir de dos criterios: la distribución en cuanto a sexo y edad de los bebés y las bebés, y las características socioeconómicas: clasificación en los niveles 1 y 2 del Sisben<sup>3</sup>.

Las dos categorías que orientaron la indagación, en coherencia con la pregunta y los propósitos de la investigación fueron:

- **Concepciones:** categoría orientada a conocer los pensamientos, conocimientos, creencias, imágenes y sentimientos de los integrantes del grupo familiar acerca de la participación de los niños y niñas en el primer año de vida.
- **Prácticas:** categoría orientada a identificar las acciones (el qué) y de los modos de acción (el cómo) habituales que, en el contexto de las dinámicas familiares, dan cuenta de las interacciones que promueven o no la participación del niño o la niña en el primer año.

Para la generación de los datos se realizaron entrevistas semiestructuradas grupales en visitas familiares y observación participante por parte de las madres, con el debido acompañamiento de los/as investigadores/as. La interpretación se llevó a cabo mediante un proceso de lectura inductiva de la información. Finalmente, la validación y socialización de los hallazgos se realizó en encuentros con cada familia y en espacios de sensibilización y reflexión con miembros de la comunidad y representantes de instancias políticas y académicas.

### **3. “A su manera, pero participan”. Hallazgos de esta investigación**

Una concepción lineal del desarrollo humano, según la cual, las capacidades se adquieren por etapas secuenciales, y a cada momento le corresponde una manifestación particular

---

<sup>3</sup> Sistema de identificación de beneficiarios potenciales para los programas sociales del Estado colombiano.

de las mismas, sustenta la idea tradicional de la participación como un proceso que depende de la adquisición de habilidades que sólo aparecerán en etapas posteriores al primer año. Por esta razón, es preciso ubicarse en otro paradigma del desarrollo, para definir la participación de manera que incluya a toda persona desde el nacimiento.

Como plantea Puché (2003), la tendencia ha sido observar al niño o la niña a partir de la perspectiva del adulto, con un *modelo terminal* que “se traduce en una evaluación de su desempeño, toda vez que esta evaluación se hace desde unos parámetros externos y casi siempre corresponden a un modelo final”. La alternativa, que propone esta autora, ante lo que llama una “posición generalizada”, es “defender una propuesta centrada en el descubrimiento de la mirada del niño, es decir, estar en disposición de atender y entender los elementos desde donde se producen [sus] respuestas, y penetrar en [su] punto de vista”. (p. 36)

Se trata de asumir, que las capacidades en el bebé o la bebé y en todo ser humano independiente de la etapa vital en que se encuentre, están en desarrollo y no son sólo capacidades por desarrollar. La diferencia radica en no centrarse en la carencia y reconocer la potencia y la facultad siempre presente, aunque no sea fácilmente observable.

La participación del bebé o la bebé debe entenderse como un acontecimiento cotidiano que se da en la interacción y exige el reconocimiento del Otro como persona con capacidades propias y en constante evolución. Este es uno de los principales hallazgos del estudio y que ha emergido en la confluencia de lo conceptual y la experiencia aportada por las familias. Se trata de un concepto de participación centrado en la relación, según el cual, participar es una forma de interacción que posibilita la capacidad de influir en la propia vida y en la de otros a partir del reconocimiento que se otorga como persona y de las capacidades presentes y siempre en desarrollo.

No se trata sólo de que el bebé o la bebé, como todo ser humano en cualquier etapa del ciclo vital, es un ser en relación con otros. Tampoco se reduce a que el niño o la niña, con su sola presencia física o simbólica y con la expresión de sus capacidades influya inevitablemente en su propia vida y en la de los otros. Lo que define propiamente la participación, son las características de esas relaciones y de la influencia que estas permiten, sustentadas en un reconocimiento del Otro, en este caso del bebé o la bebé, como persona, como ser único, como sujeto de derechos que merece participar, independientemente de su edad.

En relación con este concepto, se presentan a continuación las principales concepciones y prácticas expresadas por las familias, relacionadas directamente con la participación de los niños y las niñas en el primer año de vida, y con los tres aspectos que dan cuenta de ella: el reconocimiento del bebé o la bebé por parte de la familia; la manera como interactúan y se comunican; y la influencia que ejerce el o la bebé como parte y, en algunos casos partícipe, de su propio desarrollo y de la vida familiar y comunitaria.

Es importante resaltar que los tres componentes planteados del concepto de participación, son abordados desde una perspectiva de reciprocidad en la relación familia-bebé. Lo anterior, en tanto los datos permitieron inferir la capacidad de reconocimiento,

comunicación e influencia tanto en la familia como en el bebé o la bebé, aunque su expresión, dada la experiencia y el momento del desarrollo, es obviamente distinta.

### 3.1. “Nos muestra que ella está participando”. Concepciones de las familias en torno a la participación del bebé o la bebé

El concepto general de participación es asociado por las familias con capacidades, características o acciones de las personas, tales como poder hablar o mínimamente entender lo que otros hablan; estar o ser invitado a una reunión, un evento o una capacitación y aportar o por lo menos entender qué está sucediendo allí; saber explicar o argumentar algo e inclusive, tener cierta edad, como lo expresa, por ejemplo, un hombre adulto que convive con Samuel<sup>4</sup> (bebé de 9 meses): *“pues qué podrá participar él con nueve meses, yo no le veo como así, algo especial, no”*.

Al referirse específicamente a la participación del bebé, se identificaron nueve concepciones que van desde aquellas en las que la bebé o el bebé es considerado en un rol pasivo, hasta las que le asumen como ser activo, que se comunica e influye en la vida de los otros de manera intencionada, con sus acciones y sentimientos.

Entre aquellas concepciones en las que la niña o el niño es considerado en un rol pasivo, la primera relaciona la participación con **permitirle estar al bebé o a la bebé**. Esta, al parecer, no tiene que ver propiamente con una actitud de acogida, sino, en principio, con la aceptación resignada de su presencia desde la gestación y el consecuente deber de procurarle la supervivencia.

La segunda está relacionada con otorgarle un **lugar y nombrar el vínculo que se establece con el bebé**, ésta resulta significativa, especialmente en los casos donde se evidencia en la familia una relación distante con el o ella e incluso la negación de un posible vínculo; así sucede en el caso de la familia de Samuel (bebé de 9 meses), cuando se pregunta cómo participa el bebé, un niño de 11 años responde: “como el niño menor de la casa, el niño consentido”, esta es la forma que encuentra el niño de darle un lugar al bebé, dado que con casi ninguno de los integrantes de la familia existe o se reconoce la relación de consanguinidad.

Cuando se otorgada un lugar y se establece un vínculo afectivo, el bebé o la bebé con su presencia y con sus respuestas e iniciativas, se encarga de reclamar y ampliar su reconocimiento por parte de quienes le rodean, expandiendo también de este modo, su participación y las ideas de los adultos sobre ella. Es allí cuando surge la tercera concepción: **la presencia de un bebé que entiende**. Esta concepción se da cuando las familias descubren que su sola presencia cuenta y que además él o ella escuchan, atienden y en algunos casos entienden lo que se dice a su alrededor o se les dice directamente, por lo que no son miembros “inconscientes”.

La mayor parte de las familias empieza a dejar de lado la condición inicial del habla y se inquietan porque la presencia del bebé o la bebé en sí misma les interpela, como lo narra

---

<sup>4</sup> Los nombres de las personas que aparecen en el texto no corresponden con los verdaderos, pues han sido modificados para garantizar su anonimato.

por ejemplo, la tía de Angélica (bebé de 1 mes), al referirse a la participación de la bebé: *“o sea, no es hablar sino que hacen presencia, con las señas, pues, se ríen, mueven la cabeza”*. Aquí empiezan a constatar concepciones de participación que admiten y otorgan un rol más activo al bebé y que contienen a su vez, significativas posibilidades para la promoción de este derecho como finalidad y como mediación; finalidad, en tanto reconocimiento de su condición como ser humano, y mediación, al favorecer las condiciones para la estimulación de su desarrollo.

En primer lugar, **el reconocimiento del bebé o la bebé como persona**, como alguien diferente por su proceso de desarrollo, pero no menos persona que el adulto, lo cual le confiere una dignidad que le hace merecedor no sólo de cuidado, sino también, de valoración y admiración. Así lo comenta el papá de Eliana (bebé de 4 meses): *“yo creo que sí participa porque es una personita que está despierta y ella siente todo, así no sepa hablar, ella ve todo y sabe qué están haciendo”* y lo expresa también la mamá de Angélica (bebé de 1 mes): *“Yo creo que sí, a su forma pero participa. Es alguien. Pues, porque ella cuenta como una persona, no que es una persona grande.”*

En este caso se trata de una concepción que se atribuye a la bebé por sí misma, no asociada a sus capacidades, sino simplemente como una manera de asumirle y reconocerle, la cual favorece además, un cambio en las actitudes y el ambiente familiar, tornándolo más respetuoso, no sólo para la bebé, sino para todos los miembros. Así lo constata el mismo caso de Angélica con el comentario de su tía: *“primero yo tampoco le encontraba mucho sentido acá... eran peleas tras peleas. Y yo ya me despierto y ya es una alegría saber que hay otra”*.

En segundo lugar, la concepción de **interacción intencionada**, entendida como aquellas formas de acción recíprocas que van más allá de lo accidental y que ocurren porque fueron provocadas por una de las partes con el propósito de relacionarse o llamar la atención de la otra. Esta surge cuando se tiene una idea más clara de la capacidad del bebé o la bebé para responder, más allá del mero reflejo; para entender lo que sucede a su alrededor y lo que le expresan otros; pero además, para expresarse y tomar la iniciativa buscando relaciones y acciones con los otros. En este sentido, afirma por ejemplo la abuela de Milena (bebé de 9 meses): *“cómo cree que le busca juego a uno; uno le muestra algo y ella lo quiere coger, entonces eso es participar”*.

A medida que las familias observan al bebé en su interacción, logran identificar nuevas capacidades que afianzan sus concepciones en torno a la participación y al propio rol en la promoción de la misma. La mamá de Andrés (bebé de 3 meses) afirma por ejemplo, luego de los ejercicios de observación de su bebé, que él *“participa llorando para que lo cojan, con gestos, se ríe mucho, hace gorgojeos, expresiones, trata de hablar cuando alguien se le acerca y le habla”*. Al considerar que el bebé trata de hablar, se disponen con mayor interés a hablarle también y a comprenderle, como lo expresa la mamá de Eliana (bebé de 4 meses): *“pues ella cuando me brega a hablar uno hay veces le dice mami usted que quiere decir y ella ha... ha...ha... Y ya nosotros interpretamos lo que ella brega a decir”*.

Incluso, ese deseo de hablar que las familias identifican en el bebé o la bebé, es nombrado como una forma de participación en la familia de Angélica (bebé de 1 mes): *“cuando ella sonríe... sí, es como ganas de hablar, está participando también”* y se deduce

de allí un papel de la familia que promueve la participación del bebé o la bebé, como lo expresa también la tía de Angélica: *“al uno hablarle, ella participa”*.

Lo interesante de estas atribuciones que las familias hacen a los bebés y las bebés, incluso en los primeros meses, es que son coherentes con diversos hallazgos de las teorías del desarrollo infantil, como afirman Lander, Mercer, Molina & Young (2006): “El recién nacido es totalmente capaz de participar en el mundo social con habilidades para discriminar y dirigir selectivamente su atención hacia quienes están a su alrededor”. (p. 43)

Una tercera concepción asume **la participación del bebé o la bebé en relación directa con las diversas manifestaciones de su desarrollo**. Al respecto, en la mayoría de las familias aparecen referencias a los cambios que se dan en las actividades, palabras y actitudes del bebé o la bebé, identificándolas con expresiones mediante las cuales se comunica con ellos y participa. Sin embargo, sólo una familia establece relación entre estos cambios y su participación. Así lo menciona por ejemplo, la abuela de Milena (bebé de 9 meses) cuando se le pregunta por la participación de la bebé: *“si mucho, por ejemplo, porque ella hay veces nos dice palabras que nosotros no las habíamos escuchado, nos coge y nos acaricia de diferentes maneras (...) o hace actividades que no hacía antes”*.

Una cuarta concepción está referida al **reconocimiento de los gustos y la capacidad para elegir del bebé**. Sus iniciativas son un claro reflejo de sus preferencias y sus gustos y estos, son asumidos en tres familias como formas de participación. La mamá de Andrés (bebé de 3 meses), por ejemplo, afirma que una forma en la cual su bebé participa es cuando *“está con uno y pone atención y cuando lo coge una persona extraña se pone a llorar. Él como que sabe quien no es de aquí, gorgojea y con ganas de hablar”*.

Como se mencionó anteriormente, la capacidad de elegir, discriminar y dirigir selectivamente la atención, es algo que ocurre desde el nacimiento. Ejemplo de lo anterior es la atención selectiva que los recién nacidos hacen de los elementos básicos del lenguaje, su preferencia por la voz humana, especialmente las voces femeninas y de manera sobresaliente la de su madre. Así mismo, el gusto por sonidos de tono bajo y de canciones suaves, la atracción que tienen por los rostros y particularmente los ojos, e incluso, su capacidad de imitar una mueca que les llame la atención. (Lander, Mercer, Molina & Young, 2006)

Una quinta concepción que sólo aparece en una familia, **es permitirle al bebé o la bebé explorar libremente como forma de participación**. Así lo expresa la mamá de Milena (bebé de 9 meses): *“la dejamos participar y que conozca todo lo que ella quiera conocer y que explore todo, porque así como uno fue niño y quiso experimentar, pues, teniendo un balón en la mano o algo, ella también lo quiere hacer, entonces como dejarla, tenerla libre”*.

Esta idea acerca de la participación, integra todas las concepciones anteriormente mencionadas y agrega un nuevo elemento: la confianza en el bebé y en sus orientaciones o preferencias, lo que supone una habilidad especial para permitirle explorar y tener iniciativa, asegurándole, un ambiente protector.

Se evidencia adicionalmente, una práctica que **vincula al bebé o la bebé a la dinámica social de la familia y la comunidad como forma de participación**. Si el niño o la niña, tiene un lugar en la familia y un vínculo definido con sus integrantes, fácilmente es incluido en actividades sociales familiares y comunitarias. No obstante, pese a que todas las familias mencionan este tipo de prácticas con los bebés, no para todas representan lo mismo. En algunos casos, los bebés son llevados a diligencias o están en actividades sociales dentro o fuera de la familia, sin que se mencione ningún papel activo por parte de estos, ni se establezca relación alguna de estas prácticas con su participación, mientras que en otros, se explicita una correspondencia entre la participación y la inclusión del bebé o la bebé en dichas actividades sociales. Como lo expresa la familia de Angélica (bebé de 1 mes):

- Abuela: *¿Cómo están participando? Por ejemplo, ella todos los miércoles tiene que ir al programa Fami donde Amparo, y por medio de la familia, y uno la lleva.*
- Mamá: *Si, uno los lleva y están participando... por ejemplo, ella ya participó en unos quince de la sobrina que la llevamos como a los quince días de nacida la llevamos a participar.*
- Abuela: *Participó cogiendo el papelito del amigo secreto, con sus risas mostraba su felicidad y con sus gestos, al mover las manos, mostraba su alegría.*

Los datos reflejan que, cuando la inclusión del bebé o la bebé en las actividades sociales se realiza desde la conciencia de su rol activo, las interacciones son más ricas y numerosas: se dan mayores expresiones de acogida y afecto, más protoconversaciones, estímulos y actividades, pensando expresamente en su vinculación.

Finalmente, dos familias mencionan de manera directa, una concepción más sobre la participación de los bebés: **la expresión mutua de amor**. Se plantea no sólo la percepción del sentimiento, sino su manifestación explícita de manera recíproca. Así lo expresa el abuelo de Eliana (bebé de 4 meses): *“¿Participar? entiendo yo pues, que ella me quiere a mí como abuelo”*. Cuando estas expresiones se presentan y son reconocidas por la familia, se constituyen en una gratificación y un estímulo para afianzar el vínculo afectivo y enriquecer las interacciones con el bebé y por tanto su participación y desarrollo.

Como se puede observar, si bien hay una marcada diferencia entre las familias en cuanto a sus conocimientos y opiniones en torno a la participación del bebé o la bebé, en todas ellas se identifican aspectos relacionados con ésta, y aunque en algunas pueden ser apenas básicos, también constituyen oportunidades para ampliar el reconocimiento de este derecho.

### **3.2. “Me pongo a mirarla y ella me mira”. El mutuo reconocimiento**

Como se ha mencionado, el sustento fundamental de un ambiente participativo es el reconocimiento del Otro, en este caso del bebé, lo que conlleva la disposición a observarle, aceptarle y potenciarle en su singularidad.

Incluso en la relación con el bebé o la bebé, el reconocimiento es recíproco, con una expresión particular según el momento del desarrollo. En este sentido, vale la pena reiterar que desde, los primeros días, el recién nacido identifica y prefiere los rostros y la voz humana, especialmente de la madre y las personas más cercanas; lo cual, como plantea Villalobos (2005) refiriéndose al bebé o la bebé, “da cuenta de que las competencias vienen dirigidas para establecer relaciones intersubjetivas.” (p. 79)

La categoría reconocimiento, es abordada en el estudio, diferenciando, como plantea Taylor (1992): la falta de reconocimiento, el falso reconocimiento y el reconocimiento.

La falta de reconocimiento es entendida, en este caso, como el rechazo del bebé, el ignorar su presencia o negar su existencia. El falso reconocimiento es “un cuadro limitativo, o degradante o despreciable de sí mismo” (Taylor, 1992, p. 43), a partir de un reflejo producido por otros. En relación con el bebé, se refiere a una concepción que lo homogeniza, lo reduce a un ser pasivo, o lo supedita a las expectativas del adulto.

El reconocimiento por su parte, es la consideración del bebé como persona, como sujeto activo, como *apertura*, es decir, como Otro, tal como lo plantea Gadamer (citado en Melich 1994). Se trata de un otro con un mundo propio en construcción, que tiene sus gustos, su particularidad y que se va develando en la medida que es respetado y acogido desde el amor, como la máxima expresión de reconocimiento.

Dicho reconocimiento acontece de manera compleja, con expresiones que lo afirman, lo falsean o lo niegan al interior de la misma familia y de acuerdo con las diferentes etapas y momentos de la vida familiar, en torno al bebé. De ahí que no es posible hablar de un reconocimiento pleno hacia los bebés y las bebés, sino más bien, de una dinámica que puede ser progresiva, pero que conjuga limitaciones o vacíos, en la perspectiva de valorar al bebé o la bebé como persona, como ser único, como Otro.

En relación con las concepciones y prácticas asociadas a la falta de reconocimiento, cinco de las seis las familias evidenciaron un **periodo inicial de negación del bebé**, expresado de diversas formas: los síntomas de la gestación fueron ocultados por la mayoría de las madres (en unas por mayor tiempo que en otras) y la idea misma de la presencia del bebé o la bebé fue rechazada en un primer momento.

Investigador: *¿y cómo te diste cuenta?*

Mamá: *Por mi abuelita, usted sabe que las viejitas*

Investigador: *Antes no te imaginaste ni sospechaste algo*

Mamá: *No porque, o sea normal. Pues sí, a mi el periodo me venía y no me venía, entonces, a los seis meses, que fui y me hice una ecografía*

Investigador: *¿y cómo te dijo tu abuelita entonces?*

Mamá: *Que yo estaba en embarazo, es que a mi... yo me desganaba mucho, pues ella decía que yo estaba en embarazo*

Investigador: *¿Y vos que le decías?*

Mamá: *Que no, que dejara de ser mentirosa*

(Fragmento de una entrevista con la madre de Samuel, bebé de 9 meses)

La negación inicial del bebé está ligada a **la idea de la gestación como embarazo**, entendiendo este último en su significado literal de “impedimento, dificultad u obstáculo”<sup>5</sup>, de ahí que se resistan a aceptarlo. En esta concepción se refleja la incertidumbre que representa para estas familias el sustento diario, la ausencia casi generalizada del padre, las ideas tradicionales de familia, la inexperiencia y la alteración del proyecto de vida y la pérdida de autonomía ante la magnitud de la nueva responsabilidad, más aún cuando se trata de una madre y un padre demasiado jóvenes.

En este sentido, merece resaltarse un dato que refirieron 4 de las 6 familias: **el rechazo o la negligencia de los papás biológicos hacia el bebé**. Este es un aspecto que afecta negativamente la participación de los bebés, pues incide en su poca acogida por parte de la madre y de los demás miembros de la familia, como lo narra la abuela de Andrés (bebé de 3 meses): *“Pues a mí no me cuadró bien, por la situación mía y todo y que no tuvo el papá, porque no tuvo el papá que respondiera, por eso no me gustó a mí. Eso fue todo”*.

Lo anterior contrasta con las dos familias en las que el padre reconoció al bebé o la bebé, aún cuando en ellas tampoco fue oportuna su llegada. En estos casos, las familias transitaron más fácilmente hacia el reconocimiento y la acogida amorosa del bebé, como se analizará más adelante.

Es importante señalar que el no reconocimiento de los padres, no sólo limita la participación del bebé, sino que afecta negativamente la construcción de su identidad y obviamente su desarrollo. Así lo corroboran diversos estudios con niños y niñas pequeños, mediante los cuales se ha demostrado que sus procesos de adaptación son favorecidos por la cantidad de participación paterna y la calidad o sensibilidad de su comportamiento (Easterbrooks & Goldberg, 1984. Citado en: Oate, 2007).

Finalmente, en relación con el no reconocimiento, se identificó un caso de **desconocimiento del bebé**, por parte de varios integrantes del grupo familiar. Dicha situación se observó en momentos donde el bebé tomaba la iniciativa para interactuar y no encontraba ningún tipo de respuesta. Una evidencia adicional de este desconocimiento se refleja en la respuesta que dio uno de ellos, ante la pregunta por el nombre del bebé: *“¿Samuel Andrés o Felipe es?”* (Hombre adulto que convive con Samuel, bebé de 9 meses). Es importante aclarar que estas personas llevaban alrededor de 6 meses conviviendo con el bebé.

A pesar de las dificultades expuestas en relación con el no reconocimiento del bebé, un primer cambio o avance, se manifestó en su aceptación resignada. Ello se asume como falso reconocimiento, en tanto se trata de una mirada limitada y limitativa del niño o la niña, que le ubica en un rol pasivo y pueril.

En este sentido, aparecen concepciones que asumen al bebé como **un suceso inevitable en la vida de la mujer**, algo que de cualquier forma sucedería. En otros casos, se le concibe como **un ser inocente de su llegada**, lo cual logra justificarle y permitirle un lugar en la familia. Se trata de una idea en la que se acoge al bebé o a la bebé desde una actitud compasiva, desconociendo de alguna forma, el malestar y la incertidumbre ante su

---

<sup>5</sup> Según definición del Diccionario de la lengua española. Vigésima segunda edición.

llegada. Esto puede notarse en la siguiente expresión, donde dicho sentimiento se halla implícitamente y es generalizado en la situación de todos los niños y niñas que nacen sin haber sido esperados:

*A uno le da lástima los pelaos que vienen ahora. O pues, ya uno está viejo, ya uno ya que hijuepuchas, ya que, pero los jóvenes de ahora, los niños que se levantan con tantas cosas, ya eso está muy horrible. A mi no me gustaría que nacieran más hijos, más niños al mundo, esta tierra entre más adelante más horrible se está poniendo (...) por eso, no es por nada, sino uno siente cosas pero es por su bien (...) si porque es una persona que no tiene la culpa de nada. Abuelo de Julián (de 6 meses).*

Relacionado con lo anterior, se evidenció en por lo menos la mitad de las familias, que buena parte de las interacciones con el bebé o la bebé, eran una **respuesta a sus manifestaciones de incomodidad y demandas de atención** o eran **prácticas de cuidado rutinario, con una limitada capacidad del adulto para enriquecer dichos momentos y orientarlos hacia el estímulo y la promoción del desarrollo**: "*llora (...) entonces lo acarrear, le dan el tetero, lo acuestan y adiós...*" (Abuelo de Julián, bebé de 6 meses).

A pesar del interés por atender las necesidades del niño, especialmente en aquellos momentos donde él hace demandas muy explícitas, no puede afirmarse que se trata de una actitud movida por la clara idea de potenciar su máximo bienestar. Se tiene la creencia que la sola satisfacción de sus necesidades básicas conlleva todo lo requerido para su crecimiento y desarrollo, sin embargo, en esta idea se desconocen y limitan las múltiples interacciones que podrían llevarse a cabo con el bebé desde la perspectiva de reconocer y promover sus capacidades y procurarle su mayor felicidad.

Igualmente ocurre con las prácticas habituales de cuidado si no se acompañan de afecto y creatividad para convertirlas además, en oportunidades de estimulación y fortalecimiento del vínculo de apego. Como se refleja en la descripción que hace la mamá de Samuel (bebé de 9 meses) donde el cuidado se reduce a actividades rutinarias: "*(...) le doy el desayuno, ya después le caliento el agua para bañarlo y ya, le doy tetero o le doy teta y se queda dormido*".

En este tipo de interacciones, la posibilidad de reconocer al bebé de acuerdo con su desarrollo y características particulares, también se ve limitada. En varias de las familias, el conocimiento sobre la manera de ser del bebé se encontró superficial y adicionalmente, poco se sabía sobre el desarrollo en el primer año:

Investigador: *¿Qué creen ustedes que sucede durante el primer año de un niño o de una niña? ¿Qué les pasa a los niños durante el primer año?*

Abuela: *¿Qué les pasa a los niños?*

Mamá: *¿No pues en qué sentido?*

Abuela: *Como de qué...hay no es que yo no sé...*

Mamá: *Se enferman... ¿no?*

(Fragmento de una entrevista con la familia de Andrés, bebé de 3 meses)

Los conocimientos limitados sobre el desarrollo del bebé, constituyen un aspecto desfavorable para las prácticas de crianza y para la valoración y afianzamiento de sus capacidades. Incluso, allí pueden asociarse situaciones en las que **el niño es malinterpretado por parte de los adultos**, quienes terminan **actuando de manera impaciente y en algunos casos agresiva, frente al bebé**.

Por último, se identificó en tres familias una concepción según la cual, **el bebé o la bebé es aceptado por su capacidad de adaptarse a las condiciones de los adultos**: “*El no es chillón, no es nada, tiene una hora pa’ dormir y pa’ despertar tiene otra y eso, es como un reloj pa’ todo (...) Él no llora ni nada, todo bien, todo bien, en ese sentido muy bien*” (Abuelo de Julián, bebé de 6 meses).

De otro lado, las concepciones y prácticas referidas al reconocimiento, encuentran su primera y más básica expresión en la decisión de las madres y sus familias de **permitir la continuidad de la existencia del bebé o la bebé y acogerle en el hogar**, lo cual ha sido resultado de negociaciones y situaciones conflictivas. El único caso donde tanto para el padre como para la madre, **la llegada de la bebé representó de inmediato un motivo de alegría, un aliciente para sus vidas y el signo de poder consolidar una familia**, fue el de Milena (bebé de 9 meses) como expresa su padre:

*No pues para mí que soy el papá, pues, un impacto excelente, súper rico ser papá, me alegré mucho cuando ella me dijo que estaba en embarazo, y cuando vimos la prueba, pues mucho más. Me contenté más, con muchas ganas de salir adelante con la familia completa.*

Otra práctica de reconocimiento que se evidencia en las familias es **la observación del bebé o la bebé**, la cual les permite conocer lo que el niño o la niña son, hacen, saben y quieren, empezando con ello a valorar y respetar sus particularidades. Como lo denota la descripción manifestada por la mamá de Angélica (bebé de un mes):

*Todos los niños yo he visto que cuando los meten a las bañeras ahí mismo ñaaaa, chillan y chillan, en cambio ella como que le gustaría que la dejaran metida en la bañera porque mi mamá le echa agua y ella... relajadita, y es así... pues como que le encanta el agua, eso sí he notado yo mucho.*

En relación con la observación, emerge una práctica similar que va más allá del descubrimiento de características particulares y constituye un acto mutuo y espontáneo de afecto que fortalece el vínculo de apego y resulta muy gratificante para el bebé o la bebé y para quien interactúa con él o ella: podría denominarse **contemplación**.

Las narraciones de dichos momentos, aunque son pocas, denotan una especial carga afectiva y pese a que podría tratarse de instantes, tienen una especial significación, como lo expresan por ejemplo, las madres de Andrés (bebé de 3 meses) y Milena (bebé de 9 meses), respectivamente: “*ah... nosotros nos sentimos felices, nos ponemos a mirarlo, nos ponemos a reírnos con él*”; “*y cuando llegaba el papá lloraba, y ella se le hacía a un lado lo miraba y ya se ponía a reír*”.

Cuando los miembros de la familia están dispuestos a construir y fortalecer los lazos afectivos con el bebé o la bebé, la vida cotidiana resulta un espacio lleno de oportunidades donde puede emerger el juego, la risa, el canto, el cuento, la palabra, el gesto, la caricia y la mirada que transforman la rutina en alegría y expresión creativa del amor. En este sentido, es muy dicente lo que escriben en su diario de observación las madres de Samuel (bebé de 9 meses) y Julián (bebé de 6 meses), pues demuestra cómo, aún en circunstancias adversas, estas formas de interacción despiertan sentimientos, concepciones y actitudes de auténtico reconocimiento: *“Cuando juego con él, siento que lo amo, cuando él se ríe no puedo creer que tengo un hijo tan lindo”. “Yo le dije que era lo más maravilloso que me había pasado, que era el ser más importante que tenía yo y era el bebé más hermoso del mundo. El me dijo que me amaba mucho y me tiró un beso”*

Esta apertura y compromiso sienta las bases para un proceso de socialización e individuación participativo y propicia un ambiente democrático, seguro y posibilitador de reconocimiento y dignidad, donde la comunicación, el encuentro y el vínculo de apego se afianzan en el amor.

### **3.3. “...Y ella me respondió que también me amaba”. Interacción y comunicación con el bebé**

Los niños y las niñas durante su primer año de vida poseen una enorme capacidad comunicativa que se ve expandida o minimizada por el tipo de interacciones que tengan en su grupo familiar y en la comunidad. Aunque según el planteamiento de Watzlawick (1981), toda interacción comunica, en este estudio se asume que las interacciones con intencionalidad comunicativa, tanto por parte de los miembros de la familia, como las que éstos le reconocen al bebé o la bebé, son aquellas que más pueden favorecer un tipo de relación participativa.

Las interacciones con intencionalidad comunicativa, conllevan una concepción del bebé o la bebé como ser activo y capaz de expresarse desde su singularidad y requieren una **habilidad interpretativa** para **desentrañar** en los gestos, el llanto, la sonrisa, la caricia, el balbuceo, el parloteo o la entonación, ese significado que es construido en la interacción, con la comprensión holística de sus diferencias y contextos.

En tal sentido, un primer grupo de concepciones y prácticas giró en torno a interacciones comunicativas no intencionadas. Una de ellas está relacionada con la idea de que **el bebé, aunque puede escuchar, no entiende**. Concepción que conlleva el riesgo de aislar al bebé o disminuir la riqueza del diálogo con él.

Otra concepción plantea que **“los bebés hablan, pero en un idioma que no se les entiende”**. En estos casos, se observó que las familias colocaron la responsabilidad comunicativa en los bebés, quienes según ellas, no logran hacerse entender. En este sentido, no se asume la propia tarea que tienen como adultos, para lograr descifrar sus mensajes, reflejando con ello carencias interpretativas frente a los esfuerzos comunicativos del bebé, sobre todo en los aspectos que van más allá de sus necesidades biológicas (de comida, baño, sueño). Se genera de este modo, una barrera entre el mundo adulto y el mundo del bebé, al que consideran que no pueden acceder hasta que no tenga un lenguaje *entendible* como el del adulto.

Es importante resaltar que, aunque los miembros de estas familias creen que las expresiones verbales del bebé no tienen significado o digan ignorarlas, evidencian en otras prácticas e interacciones, **lecturas de las señales del niño o la niña** a través de su expresión no verbal, como la que implica la siguiente afirmación: *“Cuando tiene sueño comienza a rascarse los ojos, a hacer así, ya sabe uno que tiene sueño y ya lo coge y lo duerme uno”* (primo de Samuel de 9 meses).

De otro lado, se encontraron cinco concepciones y prácticas en las que se evidencian interacciones comunicativas intencionadas. La primera está presente en la mitad de las familias, en las cuales se considera que **el bebé es alguien que “comprende todo”**, lo que incluso aparece descrito desde el primer mes de nacidos, como lo señala la abuela de Angélica (bebé de 1 mes): *“ella es muerta de la risa, ella comprende todo. Yo creo que ellos antes son más inteligentes que uno”*.

Pareciera que esta concepción, en muchos casos, ha sido lograda en medio de las prácticas de observación e interacción comunicativa intencionada y ha llevado a las familias a **responder de manera diferenciada frente a las expresiones del niño o la niña**, en la medida en que distinguen los tipos de llanto, los gestos deícticos, las miradas, el juego, los balbuceos, entre otros, como cuando la madre de Andrés (bebé de 3 meses) describe en una de sus observaciones el diálogo que tuvieron: *“Yo le digo: ‘Hola mi bebé’ y el niño hace gruñeos, o sea ‘Mami hola’; me trata de hablar también cuando yo lo voy a bañar, yo le digo ‘hijito ya es hora del baño’ y él se pone a llorar”*.

La segunda concepción sugiere que, **comunicarse con el bebé, favorece su desarrollo**. La mayoría de las familias consideran importante hablarle y enseñarle a conocer su entorno, nombrarle los objetos, jugar con él o ella y destinar el mayor tiempo posible a la interacción para estimularle y favorecer el aprendizaje del habla. En estos casos los adultos consideran que al hablarles, les están ayudando a desplegar el lenguaje verbal y les están aportando saberes necesarios para interactuar con el mundo, como lo explica la mamá de Eliana (bebé de 3 meses):

*“Pues le ayudo como a hablar pues le explico las cosas que eso pueda tener, que no se lo meta a la boca; luego ya le explico qué se come, qué no se come, le explico y hay veces hablo con ella y ella me pone atención y hay veces le da rabia y ya no se deja, ya no deja”*.

Este tipo de interacciones resulta de gran valor, pues se involucra la construcción de las normas de una manera argumentada y se evidencia una práctica de comunicación donde también el bebé tiene un papel activo y decide en qué momento finalizar la interacción.

La tercera concepción hace alusión **al bebé como alguien que distingue las expresiones del adulto**. En todos los casos hay un convencimiento por parte de los miembros de la familia, de la capacidad del bebé para escuchar los sonidos, observar los objetos y personas a su alrededor y percibir los contenidos e intencionalidades de los mensajes. Más allá de simplemente escuchar, se trata de la capacidad de prestar atención de manera intencional y seleccionar del entorno aquello que desean o les “interesa”, reconociéndose de esta manera que pueden distanciarse de los deseos del adulto que los

acompaña. Es tan clara esta intencionalidad, que en uno de los casos, la mamá de Samuel (bebé 9 meses), lo acusa de fingir no prestarle atención como una decisión propia: "...se hace el bobo (...) como si no estuvieran hablando con él, agacha la cabeza".

Una cuarta concepción encontrada en las familias es que **los bebés se comunican y responden a las expresiones de los adultos**, pues se acepta que manifiestan sus necesidades y deseos mediante el lenguaje verbal y no verbal como la sonrisa, el llanto, el balbuceo, entre otros. Esto es evidente en todos los casos, desde las primeras semanas de vida, como lo expresa la mamá de Angélica (bebé de 1 mes): "*cuando llora, quieren que la cojan de una, ella lo demuestra, ella no puede hablar pero con los gestos sí, con los hechos*".

De igual forma, a partir de lo que la madre capta, siente y proyecta del bebé o la bebé en sus gestos, miradas y actitudes, estimula el diálogo entre ambos. En este proceso, la imaginación y el afecto contribuyen a que se establezca un juego en el que ambas partes interactúan desde el contacto y las sensaciones interpretadas por la madre. Todo lo dicho permite inferir que entre más estrecho es el vínculo afectivo, mayor es el nivel de interpretación de las expresiones del bebé o la bebé.

Una quinta concepción es la del **bebé como un ser que comprende y comunica amor**. En varias familias se identificaron prácticas en las que algunos de sus integrantes le manifiestan explícitamente su afecto al bebé, apoyados en la idea de que no sólo lo entiende, sino que también responde expresando igualmente su amor.

Es claro entonces, que el proceso de interacción que se va tejiendo en la cotidianidad del hogar puede configurar una relación de confianza mutua que posibilita el desarrollo de los bebés y las bebés en la medida en que se busque transmitirles la presencia y afecto o, en el caso contrario, generarles inseguridad e indiferencia, cuando la interacción es fría y distante.

### **3.4. "Llegó y se nos compuso un poquito más la vida". La influencia entre el bebé y la familia**

Aún antes de nacer, el bebé *entra* a formar parte del discurrir habitual de su familia y lo altera, renueva y recrea mediante su presencia simbólica y física. Asimismo, el contexto al que llega y la manera en que es esperado, nombrado y acogido, le da un lugar en el mundo y comienza a constituir su subjetividad en expansión, mientras él con su novedad resignifica ese lugar; todo ello mediante procesos de intersubjetividad mediados inicialmente por su cuerpo y que posteriormente harán el tránsito a la palabra.

Lo anterior supone un escenario donde bebé y familia, o como diría Rogoff (1993) individuo y contexto sociocultural, se influyen recíprocamente; no como partes que pueden aislarse, sino como sistema, como red inseparable en la que los esfuerzos del individuo, el contexto sociocultural y la interacción social, constituyen una unidad. En tal sentido, puede afirmarse que la sola presencia del bebé modifica y dinamiza el sistema, siendo inevitable la influencia mutua entre sus componentes, es decir, *se hace parte* del mundo y tiene un papel activo en la construcción del mismo.

Sin embargo, no se trata sólo de una interacción sino de un proceso que puede avanzar hacia una construcción intersubjetiva entre el bebé o la bebé y los otros con quienes interactúa, en tanto el intercambio cognitivo, emocional y social que se da en las actividades con el bebé o la bebé, se oriente hacia un sentido compartido; de esta forma, se puede decir que el niño o la niña ya no sólo *hace parte*, sino que es *partícipe*, pues es incluido en las actividades y rutinas familiares, desde la intención de acompañarlo y guiarlo amorosamente, comprendiendo la dinámica particular de su desarrollo y su autonomía progresiva, y reconociéndole como sujeto activo en este proceso.

Según lo dicho, entender la participación del bebé o la bebé en este sistema de influencia recíproca, conlleva aceptar que puede darse en distintos grados: desde el *ser parte*, hasta el *ser partícipe*, los cuales se reflejan incluso desde antes del nacimiento físico, haciéndose obviamente más explícitos una vez el recién nacido entra en interacción dentro de la vida familiar.

Un primer grupo de concepciones y prácticas asume al bebé como *parte* en la vida familiar. En este sentido, la certeza de la existencia del bebé, genera cambios importantes en la vida de la madre y la dinámica familiar. Las madres manifiestan inicialmente ideas y sentimientos ambivalentes, casi todos de connotación negativa: culpa, vergüenza, tristeza, temor e incertidumbre, pero también, en unos casos, ilusión y felicidad. Aunque algunas lo desean, dicen no estar preparadas para este acontecimiento, denotando concepciones en las que **la llegada del bebé o la bebé se considera una limitación** para sus proyectos de vida y su autonomía; una responsabilidad para la cual no se encuentran suficientemente preparadas emocional y económicamente, y en algunos casos se asoció como un motivo de deshonra, cuando no se tiene una pareja establecida o un vínculo matrimonial con ésta: *“Yo todavía no quería tener familia, pues todavía no me sentía así como capacitada de ser mamá”*. (Madre de Julián, bebé de 6 meses)

Esta primera concepción resulta de suma importancia dada su relación con un adecuado desarrollo físico, cognitivo y emocional y una vinculación segura con la madre y el padre desde la gestación; pues “el útero, aunque ofrece cierta protección, es permeable a las influencias sociales, psicológicas y ambientales, (...) [y] la compleja interacción entre estas fuerzas y las transformaciones físicas que se producen dentro del útero influyen en el recién nacido” (Berham, R. & Otros, 1997, p. 39).

Una vez se acepta su llegada, **las familias suelen prepararle al bebé un lugar propio dentro del hogar**. Esta es una práctica que evidencia su actitud de apertura hacia el nuevo ser. Al respecto, la mayor parte de las familias relatan haber realizado cambios en la vivienda dirigidos a generar un ambiente protector y estimulante para el bebé.

No acontece igual en dos familias, pues en éstas **no se mencionan prácticas relacionadas con la disposición de los espacios para darle un lugar al bebé, ni tampoco se refieren preparativos especiales antes de su nacimiento**. Al parecer este “no lugar” en los espacios del hogar, es el reflejo de los sentimientos tanto de las madres como de los demás integrantes de estas familias hacia el niño o la niña. Incluso, como ocurre en un caso, llega a ser un hecho rechazado por completo, cuya consecuencia es la expulsión del hogar, de la madre en gestación. Así mismo, en estos dos casos, las madres

expresan sentimientos de amargura o de incapacidad frente a la maternidad, aún después del nacimiento.

Para algunos miembros de dos de las familias, especialmente para aquellas personas que por diversas razones tienen una interacción menor o un vínculo más distante con el bebé o la bebé, su llegada se asume como parte de la cotidianidad y no connota una gran novedad. Así lo evidencia el hecho de concebir **al bebé o la bebé como alguien que no ha influido significativamente en su dinámica familiar**, con lo cual se desconoce su capacidad de incidir y transformar el curso que traía la vida de la familia, como lo refleja por ejemplo, la siguiente expresión: “... *no el no ha cambiado nada, normal, como con todos los nietos que hemos tenido, con él también normal*”. (Tía de Andrés, bebé de 3 meses)

Estas concepciones traen consigo prácticas tendientes a la indiferencia o invisibilización y pueden obstaculizar la interacción en aspectos esenciales para el desarrollo del niño o la niña como el juego, el cuidado, las expresiones de afecto, las iniciativas para el diálogo y, principalmente, el establecimiento de una relación de apego que le brinde al bebé o la bebé una vinculación segura con sus cuidadores y su entorno y por tanto, una mayor capacidad de influir y ser partícipe.

Un segundo grupo de concepciones y prácticas asume al bebé como *partícipe* en la vida familiar. Estas empiezan a emerger más claramente luego del nacimiento, cuando se expresan más claramente sentimientos de alegría, esperanza y felicidad por su presencia y aparecen manifestaciones de cuidado, protección y amor hacia el niño o la niña, cambios en la vivienda y en el significado que cobra para la vida de los integrantes de la familia.

Aunque es evidente que en todas las familias se generan sentimientos difíciles en la crianza del bebé, en aquellas donde la vinculación afectiva con el niño es más fuerte, **los aspectos del cuidado son asumidos con una actitud empática y paciente**, haciendo partícipe al bebé o la bebé y favoreciendo con ello sus relaciones de apego; las que a su vez son determinantes para el desarrollo socioafectivo, físico y cognitivo.

Como lo muestran los datos, el proceso para configurar con el o ella las rutinas en torno al sueño, la alimentación, la higiene, el juego y a los diversos momentos constitutivos de la dinámica familiar, genera sentimientos de agotamiento y malestar e implica aprendizajes en torno al temperamento del bebé o la bebé y el acompañamiento que requiere su proceso de acoplarse al mundo exterior. No obstante, es precisamente una respuesta amorosa la que posibilita, en este tipo de interacciones, la intención de incluir al niño o la niña en la familia desde la comprensión de su desarrollo particular y el reconocimiento de su autonomía progresiva, aunque necesariamente no se tenga la plena conciencia de ello.

*En mi hogar ha cambiado todo en general. Mi casa está llena de alegría y felicidad con la llegada de mi princesa. (...) ¡Ay no!, hay veces que si me aburro, cuando no duerme, yo le digo: mami el día es pa' que esté despierta y la noche es pa' que duerma (...) pero eso no importa.* (Madre de Angélica, bebé de 1 mes)

Asimismo, cuando el bebé representa un ser activo y significativo para la familia, ésta **lo involucra de manera natural en su cotidianidad**, de tal manera que se comparten con él múltiples actividades, como ocurre en algunas familias. Asimismo, la interacción entre todos los miembros de la familia se enriquece y se disfruta, constituyéndose en una oportunidad para el conocimiento mutuo y el aprendizaje y para activar el sentido de pertenencia del bebé a su grupo familiar.

A medida que el bebé crece, se realizan adaptaciones en el ambiente del hogar y se adquieren objetos para responder a los cambios propios de su desarrollo. En los primeros meses se procura tenerlo más cerca y protegido; y a medida que crece se busca brindarle mayor libertad en condiciones seguras, pues se considera la exploración, una actividad fundamental para su aprendizaje.

*Todos nos ponemos de acuerdo y damos ideas para cambiar, siempre pensamos en la bebé, todos nos ayudamos y cuando terminamos nos ponemos a ver la felicidad de... al ver que uno siempre debe de pensar en el bienestar de los bebés y debe acomodar las cosas a la comodidad de ellos para que ellos se sientan cómodos y libres para que así su desarrollo sea más avanzado.*  
(Madre de Milena, bebé de 9 meses)

Además de las modificaciones mencionadas, la mayor parte de las familiares también hacen alusión a su **influencia en las actitudes y relaciones entre algunos de los integrantes**. En primer lugar los estados de ánimo de el niño o la niña se proyectan en el ambiente familiar que se renueva con las actitudes alegres y amorosas o se afecta con sus situaciones de malestar, lo cual despierta una sensibilidad y capacidad de observación especial en sus cuidadores.

En segundo lugar, el apoyo que requiere la madre para cuidar el bebé o la bebé y la creencia de que el ambiente familiar influye en su desarrollo de manera positiva o negativa, están relacionados con una mejora significativa en las relaciones. Varias de las familias observaron este tipo de cambios, especialmente, entre la madre y la abuela a partir de una relación más solidaria en torno a la maternidad: *"(...) ha si después de que llegó él, sí... esto acá peliábamos.... Sí, ellas mismas peliando y llegó Andrés y ya se nos compuso un poquito más la vida, ya la felicidad es con él"*. (Abuela de Andrés, bebé de 3 meses)

No sólo se menciona la **renovación de las relaciones familiares entre los integrantes del hogar, sino de éstos con otros miembros de la familia extensa y de la comunidad**. En uno de los casos, por ejemplo, los vecinos se han constituido en una red de apoyo fundamental para respaldar a la familia, ante sus condiciones de exclusión económica. En otro de los casos, la sociabilidad de la bebé y sus logros en el desarrollo, despiertan el afecto y admiración hacia el bebé por parte de diversas personas de la comunidad y también el reconocimiento hacia la familia, motivando en ésta un sentimiento de orgullo y alegría: *"Nosotros como padres nos alegramos muchísimo al saber que todas las personas que conocen a nuestra hija la quieren y la admiren tanto. Para nosotros Milena es lo mejor que nos ha pasado"*. (Madre de Milena, bebé de 9 meses)

La presencia del bebé y la vinculación afectiva que se configura con él, **resignifican la vida de la madre o el padre y de algunos familiares**. El bebé o la bebé se conciben como un aliciente para la vida, que aumenta las expectativas de futuro, motiva el deseo de emprender otros proyectos a partir del nuevo rol como progenitor, y es entendida como una forma de realización personal y un motivo para aferrarse con mayor fuerza a la vida: *“No le encontraba como... como una alegría a la vida, sin sentido (...) hay veces si me deprimó pero la miro y con sólo mirarla ya como que se me quita todo (...) ella es la luz de mis ojos”*. (Madre de Angélica, bebé de 1 mes)

Los esfuerzos efectuados para brindarle al bebé o la bebé un ambiente adecuado a sus necesidades y potencialidades, aún en medio de conocimientos limitados sobre su desarrollo, reflejan concepciones y prácticas que avanzan hacia un lugar en el que el bebé o la bebé comienza a ser partícipe. Desafortunadamente, es indiscutible que no se presentan en todos los casos y que aquellas familias donde no se ha dado un lugar al bebé o la bebé tanto afectivo como físico, sus posibilidades de influir y por tanto de participar han quedado limitadas, incluso en sus expresiones más básicas.

#### **4. Discusión final: Oportunidades y obstáculos en la participación de los bebés**

Julián, Milena, Samuel, Angélica, Andrés, Eliana y sus familias han posibilitado con sus vivencias y relatos compartidos, construir un texto único sobre el significado de hacer parte y ser partícipe en el devenir propio y del mundo al que llega cada ser humano. Una a una, las familias han expresado su experiencia con un sentido particular y con ello, a la vez, han dado cuenta de los modos de hacer y formas de representar este acontecimiento en un ámbito cultural más amplio.

Si desde una perspectiva de ecología humana, se tiene en cuenta que la familia hace parte de sistemas más amplios, que se influyen y realimentan unos a otros, puede afirmarse que tanto sus concepciones como sus prácticas están permeadas por los sentidos y significados que circulan culturalmente y son a la vez, el reflejo de ellos. De ahí que la polifonía de voces que han sido escuchadas, leídas e interpretadas a través del estudio, permite identificar y entender las posibilidades y desafíos que desde la cotidianidad familiar se ponen en juego en la sociedad en general, para la participación de los niños y las niñas desde el primer año de vida.

Dichas concepciones y prácticas se configuran desde numerosas situaciones individuales y colectivas, de carácter macroestructural, socioculturales y subjetivas. Transitan por múltiples comprensiones en torno a quiénes son los bebés y las bebés, al papel de la comunicación en su desarrollo, a la crianza y el rol del adulto en ella, a la participación misma, el cuidado y la vinculación afectiva; a los niños y niñas como sujetos y su lugar en los procesos de socialización; al sentido de la maternidad y la paternidad en el proyecto de vida particular y familiar, entre otros.

De igual forma, las concepciones y prácticas identificadas, se definen en estrecha relación con los diversos aspectos socioeconómicos y psicosociales de la dinámica familiar, en cuyo origen se entretajan las propias historias de exclusión e inclusión, de oportunidades y carencias y de la herencia de una crianza amorosa y un acompañamiento respetuoso o de una educación autoritaria y adultocéntrica.

Por lo anterior, las opiniones, sentimientos, creencias, conocimientos, preguntas, formas de interacción, rutinas y vivencias que se han manifestado en la investigación, corroboran la trascendencia del ambiente familiar en los procesos de participación de los niños y niñas, y en este caso de los bebés y las bebés; pues “La familia es el escenario de socialización donde se aprenden e internalizan en los primeros años y a través de las prácticas cotidianas, los valores humanos que fundamentan el ejercicio de la ciudadanía” (Roldán, 2006, p. 21). Escenario configurado por la compleja interacción de todos los aspectos antes mencionados.

Los resultados de este estudio muestran que en las familias donde el bebé o la bebé ha sido concebido como un ser inhabilitado para participar, limitado en su capacidad comprensiva y expresiva, como un sujeto pasivo, dependiente totalmente de los adultos, casi reducido a sus necesidades biológicas más primarias, desconociendo sus múltiples capacidades, o como alguien que irrumpió abruptamente en la vida familiar y se acepta de manera compasiva y resignada, es donde el ambiente familiar resulta más limitante para la participación del bebé o la bebé, en tanto la comunicación y las expresiones de amor son más restringidas. Con lo anterior, además de disminuirse su participación en el momento actual, también se incide negativamente en las habilidades sociales necesarias para opinar y actuar en los procesos de decisión que afectan su vida en adelante.

Si se desconocen las características del desarrollo, las maneras en que se expresa en cada etapa y cómo responder adecuadamente a las necesidades y al potencial presente en el niño o la niña para que pueda aprender e interactuar de manera más feliz, es muy frecuente que este desconocimiento conlleve prácticas que violentan el despliegue de sus capacidades.

De otro lado, en la actualidad se acepta claramente que los procesos educativos tienen un carácter bidireccional, es decir, que existe una influencia de los adultos sobre los niños y las niñas y viceversa, por lo tanto las pautas más favorables al desarrollo son las que se basan en la observación y escucha de los niños y las niñas, en el reconocimiento de sus características particulares de acuerdo con el desarrollo evolutivo y con su modo específico de estar y ser en el mundo.

Las anteriores afirmaciones se ratifican en aquellas familias donde el ambiente se caracteriza por interacciones de mayor riqueza comunicativa con el bebé o la bebé, basadas en el reconocimiento de su singularidad y en el cual se posee una clara conciencia de la capacidad que tiene el niño o la niña para influir en su propio desarrollo y en su entorno.

Como lo ha mostrado la investigación, no cabe duda que dichos ambientes emergen con mayor fuerza en las familias cuyas concepciones en torno al bebé o la bebé y sus capacidades son más positivas y respetuosas frente a su igual dignidad con el adulto; asimismo donde su existencia ha sido acogida desde el comienzo, con amor.

Es allí donde surgen en la familia, mayores espacios de libertad, expresión y exploración para el bebé o la bebé con el acompañamiento de los adultos o los niños y las niñas mayores; es en estos casos donde se vincula al bebé o la bebé en todas las actividades

cotidianas y en los eventos colectivos con una emotiva alegría; donde se le expresa el amor a través del juego, los diálogos, el cuidado y las diversas rutinas. En éstas se manifiesta más claramente el inmenso deseo de comprender sus expresiones y construir con él o ella el sentido de las mismas, incluso, en algunos casos se derivan de ello diálogos muy íntimos entre los adultos y el bebé o la bebé.

En este sentido, se comprende que la ciudadanía se gesta en la familia desde el nacimiento, en la medida en que su ambiente posibilite a todos los integrantes, y especialmente a los niños y las niñas, influir en la propia vida y en la de otros al ser reconocidos como personas, como sujetos de derechos, al favorecer la expansión de sus capacidades y al saberse incondicionalmente amados como máxima expresión de la participación.

## **5. Para seguir creciendo en la participación**

Existe una insuficiente producción teórica e investigativa en torno a la participación desde el nacimiento y en algunos ámbitos académicos suscita escepticismo, pues tradicionalmente, la participación se ha sustentado en la capacidad discursiva y argumentativa de los sujetos, quedando relegado su ejercicio para etapas posteriores. En este sentido, aunque el estudio propone un concepto de participación que incluye a los bebés y las bebés, es necesario seguir profundizando esta categoría desde una perspectiva incluyente, al igual que otros conceptos relacionados, tales como el reconocimiento, la subjetividad, la ciudadanía y lo político.

Al entender que el conocimiento es una construcción social, que exige el diálogo de saberes, es pertinente incluir las experiencias y voces las familias, como portadoras de sentidos configurados en el mundo de la vida, en torno a las categorías mencionadas. Esto se propone teniendo en cuenta que durante el estudio se pudo evidenciar cómo las familias en sus concepciones y prácticas aportan reflexiones de gran valor para enriquecer la teoría.

De otro lado, el proceso investigativo ha suscitado la pregunta por los efectos de un ambiente familiar participativo y las oportunidades que ofrece para potenciar de manera temprana las diversas esferas del desarrollo humano, por ejemplo, los procesos cognitivos, las habilidades comunicativas, socioafectivas y políticas, el desarrollo moral, la dimensión lúdico-estética, entre otras.

En tercera instancia, aunque el estudio mostró que la exclusión económica y social no parece tener una incidencia importante en la promoción de condiciones para el ejercicio de la participación infantil, es probable que sí pueda convertirse en un obstáculo para generar mejores condiciones de desarrollo. Sin embargo, tal como lo muestran los resultados, la generación de condiciones afectivas, cuidadosas y reconocedoras de los niños y niñas como sujetos activos, incluso desde el momento de su gestación, parece no depender de dichas condiciones económicas, lo cual concuerda con los reportes de otros estudios, que en el mismo sentido han demostrado independencia entre estos dos aspectos<sup>6</sup>.

---

<sup>6</sup> Véase por ejemplo los resultados de la investigación en pautas y prácticas de Crianza en el Distrito Capital, realizada por Cinde en el marco del Convenio Interinstitucional 3188/2007, en donde se muestra la relativa independencia del estrato socioeconómico de las familias, con prácticas que promueven la seguridad

Un cuarto aspecto tiene que ver la evidencia de avances en el reconocimiento de los niños y niñas como seres activos en sus procesos de desarrollo y poseedores de capacidades para participar en sus entornos inmediatos. En este sentido, es necesario seguir ampliando los conocimientos en torno a cómo se están dando estas transformaciones, cuáles pueden ser sus alcances, a qué tipo de procesos están sujetas y si varían entre contextos socioculturales, étnicos o económicos.

Por último, los hallazgos sugieren la necesidad de diseñar propuestas educativas que promuevan este derecho desde el nacimiento, y contribuyan en la transformación de las concepciones y prácticas culturalmente instaladas que limitan la participación del bebé o la bebé en los ámbitos familiar y comunitario, y que, al mismo tiempo, aporte en la implementación de la política de educación inicial.

## 6. Referencias bibliográficas

Aguirre D. (s.f). Universidad Nacional de Colombia. Departamento de Psicología Maestría en psicología. Línea de investigación en psicología y sociedad línea en socialización y crianza. Bogotá. Extraído el 21 febrero, 2008 del sitio Web de Universidad de Colombia: <http://www.universidadnacionaldecolombia.edu.co/lineasocial/crianza.html>.

Alvarado & Ospina H. F. (1998). La escuela como escenario potencial para la construcción de la paz. Los niños y las niñas como sujetos éticos. (1998). En. H. F. Ospina & S. V. Alvarado (Comps.), *Ética ciudadana y derechos humanos de los niños. Una contribución a la Paz*. (pp. 139-175). Bogotá: Cooperativa Editorial Magisterio.

Baratta, A. (s.f.). Infancia y democracia. En Programa regional/nacional de capacitación en derechos del niño y políticas sociales para la infancia y adolescencia en América Latina y el Caribe. *Derecho a tener derecho*. Tomo 4. (pp. 31-45). Montevideo: UNICEF.

Bárcena, F & Mélich, J. C. (s.f.). Educación y natalidad – Hannah Arendt. En F. Bárcena & J. C. Mélich. *La educación como acontecimiento ético. Natalidad, narración y hospitalidad*. (pp. 63 – 90). Barcelona: Paidós.

Brazelton (1994) *Momentos claves en el desarrollo desde el período prenatal hasta los seis años*. Bogotá: Norma.

Bronfenbrenner, U. (1987). *La ecología del desarrollo humano, cognición y desarrollo humano*. Barcelona: Ediciones Paidós.

Calderón Astorga, N. (s.f.) Desarrollo del Lenguaje y Detención de sus Trastornos en el niño y la niña. [http://www.espaciologopedico.com/articulos2.php?Id\\_articulo=678](http://www.espaciologopedico.com/articulos2.php?Id_articulo=678)

García-Méndez, E. El derecho a la ciudadanía de los niños (1998). En H. F. Ospina & S. V. Alvarado (Comps.), *Ética ciudadana y derechos humanos de los niños. Una contribución a la Paz*. (pp. 59-73). Bogotá: Cooperativa Editorial Magisterio.

Hart, R. (1993). *La participación de los niños. De la participación simbólica a la participación auténtica*. Bogotá: UNICEF.

---

afectiva en los niños y niñas. Pineda, Isaza y Camargo (2009). *Pautas y Prácticas de Crianza en Bogotá: interacciones promotoras del desarrollo en la primera infancia*. Bogotá: Alcaldía Mayor de Bogotá. D.C. Secretaría Distrital de integración Social.

- Hernández, C. & López, J. (2002) *Disciplinas de las ciencias naturales y las ciencias sociales a la explosión de las disciplinas*. Bogotá: ICFES.
- Lander, C., Mercer, R., Molina, H. & Young, M. (2006). *Desarrollo integral en la infancia: Una prioridad para la salud, Manual de desarrollo temprano para profesionales de la salud*. (Sin ciudad): Sin editorial: lo apoyan técnicamente y lo financian la OPS, AIEPI, Banco Mundial y Jonson&Jonson Pediatric Institute
- Lansdown, G. (2005) *¿Me haces caso? El derecho de los niños pequeños a participar en las decisiones que los afectan*, Cuadernos sobre Desarrollo Infantil Temprano. La Haya: Fundación Bernard van Leer.
- Mèlich, J. C. (1994) *Del extraño al Cómplice*. La educación en la vida cotidiana. Barcelona: Anthropos.
- Oate, J. editor (2007) *Relaciones de apego*. La calidad del cuidado en los primeros años. La Primera infancia en Perspectiva 1. Reino Unido: The Open UNiversity, Child and Youth Studies Group.
- Papalia & Wendkos. (1994) *Desarrollo Humano*. 4 ed. Santa Fe de Bogotá: Mc GRAW HILL.
- Pizarro, C. & Palma, E., Eds. (1997) *Niñez y Democracia*. Bogotá: UNICEF
- Puché, Rebeca (2003). La actividad mental del niño: una propuesta de estudio. En: el niño: científico, lector y escritor matemático. Blanca Cecilia Orozco. Compiladora. Centro de investigaciones en psicología, cognición y cultura Universidad del Valle. Segunda edición. Samuel de Cali.
- Quintero, M. (2007) *Afectividad y Moralidad*. Módulo 3 del área de Desarrollo Humano de la Maestría de Educación y Desarrollo Humano. Medellín: CINDE.
- Roldan O. (2006) La institución educativa: escenario de formación política que se configura desde el ejercicio mismo de la política. Manizales: Centro de estudios avanzados en niñez y juventud CINDE – Universidad de Manizales.
- Rogoff B. (1993) *Aprendices del pensamiento*. El desarrollo cognitivo e el contexto social. Barcelona: Paidós.
- Rosenberg, M. (s.f.) *Como criar a nuestros hijos de manera compasiva y ser padres utilizando la comunicación no violenta*. Extraído en enero de 2008 de: [http://www.cnvcorg/raising-children\\_sp.htm](http://www.cnvcorg/raising-children_sp.htm).
- Taylor, C. (1992) El multiculturalismo y “la política del reconocimiento”. México: Fondo de Cultura Económica.
- Villalobos, M. E (2005) El desarrollo psicológico del niño, juego, representación y capacidades mentales del niño como sujeto. En: Puché R. Formación de herramientas científicas en el niño pequeño. Cali: Centro de investigaciones en psicología, cognición y cultura. Universidad del Valle.
- Watzlawick, Beavin & Jackson. (1981) *Teoría de la Comunicación Humana*. Citada en: [http://es.wikipedia.org/wiki/Paul\\_Watzlawick#Obra](http://es.wikipedia.org/wiki/Paul_Watzlawick#Obra)